

# PELICULAS<sup>28</sup>

*Novela Semanal*

## *Reconciliación*



*por  
Dolly Grey  
y  
Arthur Roberts*

25  
CTS



# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 28 :: 25 CTS.

MARYS GROSSES GEHEIMNIS

1928

## RECONCILIACION

Adaptación cinematográfica de la película del mismo  
título interpretada por

DOLLY GREY y ARTHUR ROBERTS

Selección Óptima del Programa Vilaseca y Ledesma, S. A.

VÍA LAYETANA, 53

::

BARCELONA

**PUBLICACIONES MUNDIAL**

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA



PRIMERA PARTE

En plena Rue de la Paix, esa renombrada calle parisina, toda elegancia y frivolidad, se hallaban establecidos los grandes talleres de la casa Perrin & Clement, los modistos de moda de la gran Ciudad-Luz, a donde acudía toda la buena sociedad para adquirir los últimos modelos lanzados por la moda.

El interior del establecimiento era una inmensa colmena donde las obreritas, preciosas abejas de vivos colores, iban tejiendo con hilos de seda aquellas fastuosas «toilettes» que pocos días después habían de llamar la atención de las elegantes en los bulevares y centros de reuniones aristocráticas.

El socio administrador de la casa era Alberto Perrin. Hombre de voluntad férrea, de cerebro firme y de puño sólido, cuyo marco adecuado no era precisamente el ambiente frívolo y banal de una «maison de modes».

Sin embargo, Hugo Clement, su otro socio, era el prototipo de Petronio. Correctísimo, elegantísimo y considerado como una autoridad parisién en modas femeninas. Mientras que en el hogar de éste todo eran risas



y alegrías, en el de Alberto todo era rigidez y seriedad. Un día y otro día, Marta Perri su esposa, fué desgranando en silencio el rosario de las horas. Las órdenes despóticas a su marido, acostumbrado a hacerse obedecer sin réplica, hicieron de ella un pobre ser sin voluntad, cuya tristeza no tenía más consuelo que el de Gertrudis, la vigorosa ama de llaves de la familia, en quien su fuerza y su resistencia para el trabajo eran tan grandes como su cariño a sus amos.

Otro de los seres sometidos a la tiránica autoridad de Alberto Perrin era su hijo, Gerardo. Un muchacho inteligente, de alma noble y sencilla, cuya juventud no se avenía a la extremada seriedad a que su padre quería someterla.

Durante aquel curso había estudiado con ahinco, con fe, pero la suerte le abandonó en el momento oportuno y fué suspendido en los exámenes.

Comprendía el pobre muchacho las consecuencias que traería consigo aquel fracaso suyo y, sin atreverse a comunicárselo a su padre, se presentó primeramente a su madre, diciéndole:

—Mamá, tú sabes que yo he estudiado bastante... pero no he podido evitar que me suspendan.

La madre, al oír la noticia, quedó anonadada y, al fin, le preguntó:

—¿Tu padre lo sabe ya?

—Todavía no le he dicho nada—respondió el muchacho.

—¡Pobre hijo mío cuando él se entere!— exclamó ella, abrazándolo tiernamente.

Y, como es natural, su padre se enteró aquel mismo día. Sabía que era el señalado para el examen de Gerardo y cuando entró en su casa lo primero que hizo al verle fué preguntarle:

—¿Conque ya examinado, eh?... ¡Espero, por lo menos, un sobresaliente con matrícula de honor!...

Gerardo bajó la vista, sin atreverse a contestar, y en aquella actitud adivinó Perrin lo que había ocurrido.

—¡Holgazán!— exclamó despreciativamente—. ¡Eres mi vergüenza y mi castigo!... ¿Para esto me gasto yo el dinero en hacerte un hombre?

—Papá, yo te juro que no es mía la culpa. Yo he estudiado, pero...

—¡Basta!—exclamó su padre—. ¡Está decidido! Te haré entrar de obrero en una fábrica... Puesto que no sirves para el estudio, servirás, por lo menos, para el trabajo!

Gerardo no pudo contenerse más tiempo y toda su enérgica juventud se sublevó ante las injustas palabras de su padre; pero, procurando dominarse, replicó:

—¡Estoy cansado de soportar tus injusticias, papá! ¡Yo no merezco que me trates de ese modo!

La réplica del joven exaltó aún más al señor Perrin, que lo arrojó de su presencia, diciéndole:

—¡Aquí soy yo el que manda y se me obedece sin chistar!... ¡Hemos terminado!



Los gritos de Alberto Perrin habían llamado la atención de la bondadosa ama de llaves, que, adivinando lo que ocurría, entró en la habitación y preguntó:

—Pero, ¿se puede saber qué ocurre para que grite usted de esa manera?

—¡Aquí no ocurre nada! — respondió su amo—. ¡Salga usted y entre sólo cuando la llamen!

Había pasado toda su vida al servicio de la familia Perrin y esta antigüedad le había llegado a dar cierta autoridad sobre el dueño de la casa, que terminaba siempre por no hacerle caso a «sus cosas», como él decía.

Gertrudis, sin amilanarse ante los gritos de su amo, empezó a gritar también diciéndole:

—¡A su mujer y a su hijo puede usted asustarlos con sus gritos y sus bravatas!... ¡Pero a mí, no!... ¿Lo oye usted bien?... ¡A mí no!

Perrin, como otras veces, la dejó hablar y salió de la habitación sin querer escuchar lo que la buena mujer le decía, guiada por sus presentimientos.

Indudablemente, no podían ser éstos más ciertos y fundados. Para Gerardo no había más que un deseo: huir... huir cuanto más lejos, mejor.

Y aquella misma noche hizo saber a su madre su pensamiento de abandonar la casa paterna para no tener que sufrir el genio inaguantable de su padre.

## SEGUNDA PARTE

El tiempo fué tejiendo su madeja de horas, de días, de meses... Los años transcurrieron con su insensible velocidad y pusieron en el alma de Perrin el hondo dolor por la muerte de su esposa y la ausencia de su hijo. Pero estos dos sucesos, que hubieran bastado por sí solos, para hacer cambiar el carácter de cualquier otro hombre, no modificaron las costumbres de Alberto Perrin. Era el mismo de siempre, con un poco más de nieve en los cabellos y en el corazón, pero siempre el mismo, enérgico, autoritario, absoluto...

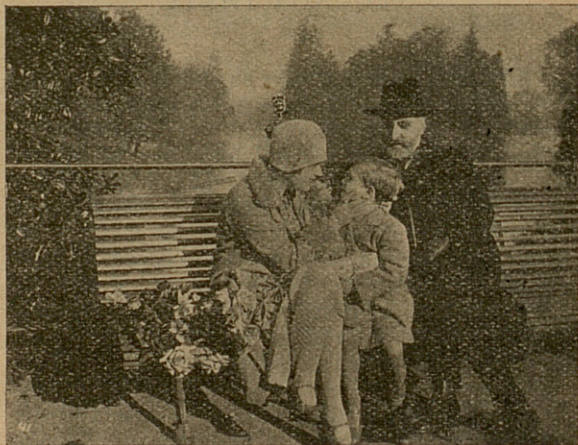
Mientras tanto, en el otro lado del Océano, en la ciudad del dólar y de los rascacielos, el pequeño Bobby, un angelote que llenaba con su risa infantil todo un nido de amor, jugaba con mamá Mary, una mujercita muy moderna, que había realizado el milagro de ser madre sin dejar de ser muchacha.

Era el jefe de aquel hogar feliz, Gerardo, el hijo de Perrin, que en la emigración había demostrado ser mucho más inteligente y mucho más trabajador que su padre creía. Durante los primeros años de su estancia en América, Gerardo trabajó contra la fortuna que



le fué adversa, pero su tenacidad y constancia le hicieron vencer al fin y logró entrar de empleado en una importante casa, donde no tardó en ocupar uno de los principales puestos.

Durante todo el tiempo que duró su lucha



titánica, ni un solo momento lo abandonó Mary, dándole, con la inmensidad de su amor, valor suficiente para que no decayese su ánimo en la enconada pelea que había entablado con el destino.

Ciegamente enamorados el uno del otro, no tardaron en contraer matrimonio y como si el cielo quisiera bendecir aquella unión les concedió, al año, un precioso niño, que vino

a colmar de felicidad el hogar de los jóvenes esposos.

Pero, no obstante, un pensamiento atenazaba el cerebro de Gerardo. El amor que siempre sintiera por su padre le hacía pensar constantemente en el ser querido que tenía al otro lado del mar y su más ferviente deseo era el llegar a obtener su perdón.

Por este motivo, trabajó lo indecible porque la casa donde estaba empleado lo enviara a Europa. Ya había perdido las esperanzas de conseguirlo, cuando una mañana, al entrar a su casa, salió su mujercita a recibirlo, como de costumbre y enseñándole una carta le dijo.

—¿Qué me das si te enseño esta carta?— y le enseñó el membrete, para que Gerardo adivinara su contenido.

El premio no se hizo esperar y el muchacho abrazó tiernamente a su esposa que le entregó el sobre que tenía en la mano.

Lo abrió Gerardo y leyó su contenido, que decía :

«Señor Gerardo Perrin.

Muy señor nuestro : Confirmamos nuestra última conversación, y tenemos el gusto de nombrarle, oficialmente, representante, en París, de nuestra casa, esperando que se trasladará usted a Europa lo antes posible.

De usted atentamente

*Debb and Bossy.»*



—¡Gran noticia, Bobby!—exclamó Gerardo, cogiendo a su pequeño y levantándolo en alto.

—¡Nos vamos a París!

Y durante los días que siguieron a esta noticia, en la casa de Gerardo todo fué alegría y regocijo, haciendo los preparativos para la próxima marcha.

Algunos días después, el feliz matrimonio hacía su arribo a París, donde Hugo Clement, el socio de Perrin, seguía teniendo dos debilidades: el cariño puro por su hija Susana, preciosa joven de diez y ocho primaveras, que no conocía de la vida más que los mimos de su padre, y el amor, algo menos puro, por modistillas y modelos y demás flores tentadoras del jardín de la Frivolidad.

Al día siguiente de llegar a París, M dando una prueba de los buenos sentimientos que poseía, le dijo a su esposo:

—Gerardo, debías ir a tu casa, a pedir perdón a tu padre... Eres tú quien tiene la obligación de buscar una reconciliación.

—Es inútil, Mary—repuso Gerardo—. Conozco de sobra el carácter de mi padre y que ni siquiera querrá recibirme.

—Por lo menos haz la prueba. Si no consigues nada, tu conciencia queda limpia de toda falta.

Pero los consejos de la buena esposa no pudieron convencer a Gerardo que, seguro de que su padre no le perdonaría, se negó rotundamente a dar aquel paso, no por creerlo humillante, sino por comprenderlo inútil.

Aquel mismo día un hecho inesperado vino a poner frente a frente al padre y al hijo.

Había ido éste al Banco a retirar cierta cantidad de dinero, cuando se encontró, de pronto con Perrin.

Una emoción indescriptible embargó a Gerardo y, sin poderse contener, se acercó a su padre, suplicándole:

—Papá... espero que no me guardarás rencor...

Mas su padre, sin aceptar la mano que le tendía el joven, se le quedó mirando duramente y le contestó:

—¡Tu padre murió... y tú tuviste una parte de culpa!

Gerardo bajó la cabeza, profundamente dolorido por aquel frío recibimiento, que no se merecía y ya iba a marcharse cuando su padre le llamó y le dijo:

—¿Dónde vives?

—En el Hotel Elite—respondió el muchacho—. Iba a continuar dándole detalles de toda su vida, pero antes que pudiera hacerlo, el autor de sus días habíale vuelto la espalda y marchaba en dirección al coche que le esperaba en la puerta.

Gerardo le vio alejarse con los ojos arrastrados en lágrimas y un profundo suspiro se escapó de su pecho, como si en aquel momento acabara de perder, para siempre, a su padre.

A pesar de la frialdad que Perrin había demostrado con su hijo, una voz interior le acusaba de haber obrado demasiado duramente y cuando llegó a su casa, después de sostener una lucha titánica consigo mismo, cogió el teléfono y llamó a su hijo al hotel en que se hospedaba.



Cuando éste se puso al aparato y Perrin oyó de nuevo su voz no pudo reprimir un gesto de satisfacción, pero procurando dar a su voz toda la energía posible, le dijo:

—Ven hoy a comer conmigo, tenemos que hablar de asuntos muy serios.

Colgó el auricular y llamando a uno de los dependientes del establecimiento le ordenó que fuese a buscar a Clement.

Llamado éste, por el ordenanza, entró minutos después en el despacho de su socio, quien le dijo, haciéndole sentar a su lado.

—Mi hijo Gerardo está en París. Lo he visto esta misma mañana.

La vieja ama de llaves, que había sospechado algo anormal en el semblante de su amo cuando lo vio entrar, escuchaba detrás de la puerta para poderse enterar de lo que le ocurría y al conocer la noticia, no pudo contenerse y entró gritando:

—¿Dice usted que Gerardo está en París?... ¿Dónde está?... ¡Dígamelo que quiero abrazarlo!

La intromisión de la vieja suspendió la conversación que había empezado Perrin y éste comprendió que el único medio de librarse de aquella era el decirle dónde paraba, y le dijo:

—Para en el Hotel Elite. Pero déjenos solos, Gertrudis, hágame el favor... Tenemos que hablar de un asunto reservado.

En efecto, apenas había desaparecido, Perrin volvió a entablar conversación con su socio diciéndole.

—Los años van pasando para nosotros, Clement... Nuestra casa necesita renovación,

ideas modernas... y eso sólo puede pronunciarlo la juventud.

—Estoy de acuerdo contigo—repuso su socio—. Pero no veo el medio de conseguir lo que te propones, ¿por qué supongo que no habrá pasado por tu imaginación el volver a tener veinte años?

—Escucha un momento y ya verás la solución que he encontrado a este conflicto, no pequeño—continuó diciendo Perrin—. Puesto que mi hijo ha regresado de América, nada más natural que él se ponga al frente del negocio; y para ello te propongo que lo casemos con tu chica.

Clement dió un salto, entusiasmado con la idea que se le acababa de ocurrir a su socio y exclamó:

—¡Admirable!... ¡Tu hijo y mi Susana!... ¡Admirable!...

Pero no se contaba con Susana, y Susana había entregado ya su corazón al travieso Willy, el dibujante de la casa. Un muchacho trabajador, lleno de ese alegre optimismo que da siempre la juventud y mucho más cuando ésta va acompañada del amor. Así es que cuando su padre le dió la noticia del proyectado enlace, la joven gritó y se desesperó, diciendo:

—¡Yo no me casaré con Gerardo!... ¡No me gusta!... ¡Le aborrezco!... ¡No me casaré!... ¡No, no y no!

Abandonó a su padre, que no se ocupó mucho de aquella negativa y se fué a su gabinete para llamar por teléfono a Willy y ponerlo en antecedentes de lo que pasaba.



—Papá quiere casarme con Gerardo, el hijo de su socio—le dijo la muchacha.

El dibujante tiró los lápices, papeles, reglas y cuanto había en la mesa y exclamó:

—¡Cómo!... ¿Qué me dices?... ¡Tú casarte con Gerardo!... ¡Eso es imposible! Debes oponerte con toda tu voluntad!

—Descuida, que así lo haré. Ahora mismo le diré que no cuente nunca con que se realice ese proyectado enlace.

Y así fué, en efecto, minutos después, Clement se convencía de que no había medio de vencer la terquedad de su hija.

### TERCERA PARTE

La vieja Gertrudis, tan pronto como supo la dirección de Gerardo, se encaminó al hotel y al verlo corrió a estrecharlo entre sus brazos, exclamando:

—¡Gerardo!... ¡Hijo mío!

El cariño que siempre habíale demostrado la antigua sirvienta se manifestaba una vez más y Gerardo corrió a sus brazos, con igual alegría que cuando era niño y jugaba con ella.

Al poco rato apareció Mary y Gerardo presentándosela le dijo.

—¿Qué te parece mi mujercita?

Gertrudis, que había oído el proyecto de su amo, respecto al matrimonio de Gerardo, que-



dó anonadada con esta noticia y exclamó, sin poderse contener:

—¡Pero, Dios mío... tú casado!

Y al ver como la miraba Mary tuvo compasión de ella y no se atrevió a revelar la conversación que había sorprendido entre los dos socios.

—Tu padre tiene el proyecto de confiarte la dirección de la casa.

—¿De verdad?... Entonces, por eso me!



llamado. Ahora mismo voy con Mary a verlo. Gertrudis adivinó que esto echaría por tierra todo, y ya no tuvo más remedio que confesar la verdad, diciéndole.

—Pero tiene otro proyecto también: casarte con Susana Clement.

—¡Eso es imposible!... Yo le diré a mi padre que estoy casado... y hasta que tengo un hijo y procuraré convencerlo.

—Es inútil cuanto hagas. Ya conoces el carácter violento de tu padre—repuso Gertrudis.

—Yo creo que debes hacer otra cosa. En esta primera entrevista, no le digas que estás casado... Ya buscaremos luego el medio de hacérselo saber.

Mientras en el cuarto del Hotel Elite se tramaba el plan que había de poner a Perrin a la voluntad de su nuera, en el despacho de éste, Clement le daba cuenta de la negativa de su hija a casarse con Gerardo.

Su padre, sintiéndose herido en su orgullo, por aquel desprecio que hacía a su hijo, exclamó:

—¡Quisiera que fuese algo mío esa señorita, que se permite desdeñar a mi hijo...

No pudo continuar Perrin, puesto que en aquel momento se presentó el ordenanza diciéndole:

—¡Su hijo está aquí, señor Perrin!

—Que espere un momento.

La presencia de Gerardo en la casa Perrin & Clement, dió lugar a que en los talleres se formasen corrillos, comentando la noticia y que muchos conociendo el carácter del dueño, exclamasen, convencidos de lo que decían:

—¡El viejo es capaz de no recibirle!

Pero no era así, puesto que Perrin había rogado a su socio que le dejase solo con su hijo y, cuando éste entró, los dos quedaron frente a frente, sin saber que actitud adoptar.

Por fin, en un arranque de verdadero cariño, se arrojaron el uno a los brazos del otro durante un gran rato permanecieron unidos en un fuerte abrazo.

Pasado el primer momento de emoción, Perrin volvió a ser el mismo hombre de siempre dueño en absoluto de su voluntad, y le dijo:

—Diez y seis años han pasado desde el día en que te marchaste, Gerardo. Durante todo este tiempo no he dejado de acordarme de ti, puedes creerlo. Nuevamente te tengo a mi lado y ahora quiero que no te separes más de mí.

—Ese es mi mayor deseo, papá—respondió Gerardo, conmovido por el tono cariñoso que empleaba su padre al hablarle.

—He pensado, también, en casarte—continuó diciendo el viejo—. Y para esposa te he elegido a Susana Clement. Así, muertos nosotros, la casa seguirá como ahora.

Gerardo quiso tantear el ánimo de su padre y le preguntó:

—¿Y si rehusase a casarme?

Perrin se puso inmediatamente serio y contestó:

—Entonces... lamentaría haberte encontrado.

—Está bien, papá, haré cuanto quieras.

La docilidad de su hijo devolvió nuevamente la alegría que antes había manifestado:



acariciándolo como si fuera un chiquillo dijo:

—No hablemos más. Desde ahora te quedas aquí y así tendrás ocasión de conocer a Susana.

Y entretanto, en el Hotel, Mary y Gertrudis habían ideado un plan magnífico para que aquella pudiera estar al lado de su marido y ganarse la voluntad del viejo.

#### CUARTA PARTE

Susana había sido invitada, con su padre, a comer aquel día en la casa de Gerardo y cuando terminó la comida, éste acompañó a la joven hasta la terraza del jardín.

—¿Qué te ocurre, Susana, que estás tan pensativa?—le preguntó Gerardo.

La joven se volvió rápidamente hacia él y le dijo en tono despectivo:

—¡Porque no quiero ni verte! Si fueses un hombre y no un monigote, te avergonzarías de aceptar un matrimonio preparado por tu padre.

—Puedes estar tranquila, Susana, que so-

bre este particular nunca seguiré el consejo de mi padre—le contestó él.

—Entonces, Gerardo, es de veras que no quieres casarte conmigo?—le preguntó alegremente la muchacha.

—Nunca he penado en ello seriamente—volvió a decirle Gerardo.

Aquella afirmación la volvía loca de alegría y Susana, no sabiendo como recompensarlo le abrazo, mientras le decía:

—¡Oh! ¡Entonces te quiero con toda mi alma, Gerardín!

Sus padres, al verlos abrazados, creyeron que era otra el sentimiento que los unía y le dieron a la salud de los futuros esposos.

Momentos después se presentó Gertrudis y le dijo a Perrin:

—Vengo a pedirle a usted licencia por unos días.

—¡Cómo!... ¿Quiere usted marcharse ahora?... ¿A qué viene eso?

—Es que la hermana del cuñado de mi padre está enferma.

Era el único pariente cercano que tenía la buena Gertrudis y por consiguiente el único también que podía poner enfermo repentinamente, pero Perrin se negó a darle la licencia que le pedía y ella volvió a insistir diciendo:

—¡Déjeme ir, señor!... No le faltará nada, ya he pensado en dejar quien me sustituya. Una pobre viuda con un hijo, que es de toda mi confianza.

—¡Diablo!—exclamó Perrin—. ¡Una viuda y con un hijo!... ¡No puede ser!



—¡Después de todo! ¿qué más da pelearse conmigo que con otra, señor?... Total son pocos días...

—Bueno, está bien, que venga—contestó Perrin, comprendiendo que era inútil discutir con aquella mujer, que siempre tenía que salirse con la suya.

—Ya la he hecho venir, va usted a conocerla en seguida—respondió Gertrudis abriendo la puerta y haciendo una seña a Mary para que pasara.

La belleza de la joven causó una inmejorable impresión en Perrin, pero fué aun mucho mayor la que produjo en Clement, quien después de repasarla de arriba abajo terminó por decirle a su socio:

—Creo que debes admitir, sin vacilar, a esta joven... Parece muy inteligente... Desde luego, no cabe duda, que ganas en el cambio.

Quedó así acordado y cuando ya Mary se disponía a salir de la habitación entró Gerardo y quedó sorprendido de ver allí a su mujer.

Iba a preguntar, pero un signo, indicándole que callase, de ella, le impidió hacerlo y su padre le explicó la presencia de aquella mujer, diciéndole.

—Es Mary Brown, una viuda yanqui, que sustituirá por unos días a Gertrudis.

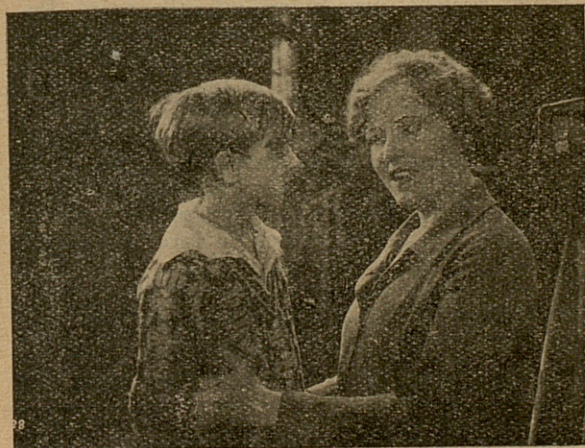
Desde aquel momento quedó instalada la fingida viudita en la casa y volvió a recordarle al pequeño Bobby lo que le había dicho en el Hotel, preguntándole:

—No olvides todo lo que te he recomendado... Vamos a ver: ¿Quién eres tú?

—Yo soy Bobby Brown—respondió el pequeño, con su simpática precocidad.

Momentos después, entraba en la habitación Gerardo y le preguntó a su esposa:

—¡Mary! ¿Qué significa esta comedia?... ¿Te has vuelto loca?



—Déjame hacer, te lo suplico—le respondió su esposa, acariciándolo para quitarle el mal humor que demostraba—. Si me doy maña para ganarme la simpatía de tu padre, pronto podremos decirle toda la verdad.

Entre tanto, Gertrudis se instaló con todo el confort en las habitaciones de Mary y Gerardo, sintiéndose, por una vez dueña y señora.



El primer día de la estancia de Mary, en la casa Perrin & Clement, se notó en seguida el cambio. Bobby se había ganado, en pocas horas, el cariño de todos los dependientes y le hacían corro mientras el chiquillo bailaba, como mejor podía, un charlestón.

Cuando más entusiasmados estaban, admirando aquella precocidad infantil, entró Perrin y quedó sorprendido por aquel desbarajuste que nunca había habido en la casa. Pronto dió con la causa que lo motivaba y Bobby, comprendiendo que le esperaba una regañuza, se escondió precisamente en el despacho de Perrin, quien no pudo menos que sonreír de la diablura del chico y lo envió con su madre. Al llegar la noche, Bobby, provisto de su saxofón de juguete, empezó a atronar la casa y Perrin exclamó indignado:

—¿Pero qué diablo de ruido es ese? ¿Estamos en una casa tranquila o en un cabaret?

Mary corrió a callar al chiquillo y, después de acostarlo, volvió al cuarto de su suegro, por si éste necesitaba algo.

Sobre la mesa había un jarro con flores, que momentos antes había puesto Mary y Perrin lo quitó molesto, diciéndole:

—No quiero ver flores en mi cuarto... Sépalo usted de una vez para siempre.

Mary, sin responder una palabra, recogió el jarro y lo colocó junto a un retrato de la difunta esposa, que había en la mesa de afuera.

Aquel acto conmovió al señor Perrin, que reconoció la bondad de la muchacha y hasta pensó que había hecho mal en rehusar aquel obsequio que le había hecho.

## QUINTA PARTE

Al segundo día estaba Perrin poniéndose la corbata y su impaciencia, al ver que no podía hacerse el nudo, le hizo tirar de ella con tal fuerza que quedó cada mitad en una de sus manos.

Mary, que no le perdía de vista un momento, corrió a buscarle otra y le dijo a la vez que se la anudaba.

—Con la fuerza nada se consigue en el mundo, señor Perrin.

—¿Lo cree usted así?—le preguntó éste amablemente.

—Estoy segura de ello—volvió a decirle la muchacha.

Y su suegro, acordándose de lo de la noche anterior, le dijo:

—Ponga, si quiere, las flores en mi cuarto.

Al salir a la habitación inmediata se encontró con Bobby que, subido en una silla, se miraba a un espejo, a la vez que se ponía el sombrero de su abuelo, y su madre, que trató de regañarle, se vió sorprendida con la actitud de su suegro, que echándose a reír, co-



gió al pequeño y se lo llevó a su despacho.

Aquella tarde se presentó el mozo de un establecimiento de juguetes, llevando un enorme caballo de madera y entregándoselo a Mary, le dijo:

—El señor Perrin ha pedido ésto por teléfono.

—¡Ya le tengo casi conquistado! ¡Podemos cantar victoria!—le dijo por la noche a su esposo, y con gran minuciosidad de detalles le fué refiriendo todo lo que había pasado durante aquel día.

El tercer día, Perrin vió a Mary limpiando el polvo de la habitación y haciéndola bajar de la escalera donde se hallaba subida, le dijo:

—Estos trabajos son demasiados duros para usted; ya los hará Gertrudis cuando vuelva.

—Pero cuando ella vuelva, yo tendré que marcharme—repuso tristemente la joven.

Desde el primer día que Perrin viera a Mary se sintió atraído hacia ella por un dulce afecto, que no tardó en comprender que aquello más que simpatía era amor. Procuró varias veces desechar esta idea, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. No cabía duda que estaba enamorado, plenamente enamorado de aquella mujercita que, con su presencia, había llevado un rayo de luz y alegría a la monótona vida que hasta entonces llevara.

Por esta causa, cuando ella le habló de su marcha, él, acercándose hacia donde estaba Mary, le dijo:

—Si usted se encuentra a gusto aquí puede quedarse cuanto quiera.

Hizo ademán de coger una mano de la jo-

ven, pero, antes que pudiera llevar a la práctica su pensamiento, apareció Gerardo y detuvo su acción.

Salió a su encuentro y, echándole el brazo por encima, le preguntó, fingiendo una alegría que no sentía:

—Una pregunta, Gerardo, ¿cómo van tus relaciones con Susana?

—Así, así—respondió el joven, esquivando una respuesta definitiva.

Pasaron los días y Perrin, por primera vez en su vida, olvidó la prosa de la administración para gustar el dulce goce de vivir.

Salía por las mañanas acompañado de Bobby y de su madre y un día, después de haber recorrido casi todo París, se sentaron en un banco de un paseo solitario. Mientras el pequeño jugaba en la arena, él quiso apoderarse de una mano de Mary. Otra vez la oportuna intervención del chico evitó que llevara a efecto su deseo.

—¡Mira, abuelo, mira!—exclamó el chiquillo, olvidando la recomendación de su madre.

Esta, ante el temor de que sorprendiese su secreto cogió al niño entre sus brazos, para hacerlo callar a la vez que lo disculpaba, diciéndole a su suegro:

—Perdónele usted... Este niño se toma siempre demasiadas confianzas.

Pero ya estaba dicho: «Abuelo», y esta palabra zumbaba en los oídos del que verdaderamente lo era y le hacía comprender lo imposible que era su amor. Se sentía al lado de Mary más viejo todavía de lo que era en



realidad. Nunca podría comprenderle ella y él tendría que acallar aquel amor que se iba tornando más fuerte que su propia voluntad, a pesar de ser ésta de bronce.

Al poco rato de haber vuelto a su casa le preguntó a su socio por Gerardo y aquél, que le había visto varias veces en unión de Mary, le contestó burlonamente:

—Seguramente estará flirteando con la viudita.

Aquella contestación estremeció a Perrin. Maldijo interiormente la juventud de su hijo, que lo convertía en un rival suyo, y para evitar que Mary pudiera tomar en serio cualquier promesa que aquél le hubiera hecho, lo mandó llamar y le dijo:

—El domingo es mi cumpleaños. Lo celebraremos anunciando tu noviazgo con Susana.

Gerardo aún intentó una débil oposición y exclamó:

—Pero, papá, ¿vas a obligarme a casarme sin amor?

—Eso ya vendrá después—respondió secamente su padre—. Ahora hay que cumplir la palabra que me diste al volver a esta casa.

Y mientras el señor Perrin sufría el tormento del amor tardío, los empleados de la casa le preparaban un homenaje de cariño y de respeto.

## SEXTA PARTE

Aquella noche Mary, por ruego de su suegro, tocaba al piano una melancólica romanza y Perrin se sentía transportado a un mundo completamente nuevo. Parecía sumido en un dulce sueño y temía despertar a la realidad para no encontrarse con la frialdad que le demostraba Mary sobre este aspecto.

Sugestionado por la música, fué acercándose a donde estaba Mary y su mano se posó con fuerza sobre la de ella.

Comprendió en seguida el sentimiento que embargaba el corazón de su suegro y, temblando de miedo, la retiró inmediatamente.

La entrada de Gerardo cortó la violenta escena que se preparaba y su padre se retiró a su dormitorio, llevando en el alma la terrible mordedura de los celos.

—Parece que estás excitada... ¿Qué tienes?... ¿Ha sucedido algo?—le preguntó su esposo al verla en un estado de completa nerviosidad.

—Nada—respondió ella, procurando tranquilizarlo—. Me ha impresionado algo la mú-



sica y eso ha sido la causa. Además tu padre y yo hemos recordado la vida de tu pobre madre y ello ha aumentado nuestra tristeza.

Gerardo creyó sincera la explicación que le daba su mujer y no volvió a insistir más sobre su pregunta.



Al día siguiente en la casa Perrin & Cremenent se hallaba reunida toda la buena sociedad parisina ante el anuncio de que se celebraría una fiesta en la que habían de exhibirse las mejores «toilettes» usadas durante cuarenta años.

En efecto, el desfile de trajes fué algo imponente, algo que hasta entonces no se había conocido en París, y la fiesta resultó de lo

más brillante que decirse puede. A ella, como es natural, no faltó Mary, y Perrin, aprovechando un momento en que los convidados se hallaban entretenidos, se acercó a Mary y le dijo:

—Mary, hasta hace poco tiempo me sentía muy viejo y muy solo... Ahora usted me ha hecho ver que la vida aun puede tener alegría para mí. Será nuestro amor, si usted quiere, un amor callado y tranquilo, pero no desoiga mi ruego...

Mary evitó que él se apoderase de la mano que pretendía alcanzar y contestó enérgicamente:

—Señor Perrin, le suplico que no siga... Yo... yo no puedo amarle.

—Pero, ¿por qué? —insistió él—. La quiero a usted con toda mi alma.

—Señor Perrin—le dijo Mary, decidida a declarar la verdad antes que siguiera su suegro la declaración—. Yo no puedo seguir callando por más tiempo... Necesito hacerle una confesión... ¡Yo soy... la mujer de Gerardo!

—¡Imposible! —exclamó el señor Perrin, ocultando su rostro entre las manos en medio de su desesperación.

Pero Mary ya no le oía, había huído en busca de su marido, a quien le dijo:

—¡Es terrible, Gerardo!... ¡Tu padre se ha enamorado de mí!... ¡No podemos seguir aquí... tenemos que marcharnos inmediatamente!

En efecto, la presencia de Mary en aquella casa podría traer funestas consecuencias y Gerardo decidió salir aquella misma noche.



Terminada la fiesta los dos esposos recogieron su equipaje y salieron de la casa.

Al pasar por el despacho de su padre, Beby corrió a abrazar a su abuelo y le preguntó ingenuamente:

—¿Por qué estás triste?

Sin darse cuenta de lo que hacía, Perrin acarició los bucles del chiquillo, mientras éste continuaba diciéndole:

—Yo quisiera quedarme contigo, abuelito... ¡te quiero tanto!... pero tengo que marcharme con papá y mamá. ¿Verdad que no te olvidarás de mí?

La voz del chiquillo llevaba a su alma un bienestar inusitado. Comprendió que aquel era el verdadero cariño y, estrechándolo contra su pecho, exclamó:

—No, no te irás, Beby... ¡Es tan dulce a mi edad oírse llamar abuelo!... Diles a tus padres que vuelvan; aun podemos ser muy felices.

No hubo necesidad de que el pequeño cumpliera la orden. La primera en arrojarle a sus brazos fué Mary, que exclamó:

—¡Papá!

Y con aquel nombre quitó todo lo que pudiera restar del sentimiento que horas antes embargaba el corazón de su suegro.

Llamó a su marido y, loca de alegría, le dijo:

—Ahora podemos quedarnos sin temor... ¡Está curado!

FIN



*No deje de comprar se-  
manalmente*

## *PELÍCULAS*

*la única novela cinemato-  
gráfica que publica los ar-  
gumentos de los films más  
importantes y de más pal-  
pitante actualidad*



200

1.